

JÓVENES CORDOBESES: UNA CARTOGRAFÍA DE SU EMOCIONALIDAD POLÍTICA*

YOUTHS FROM CORDOBA: CARTOGRAPHY OF THEIR POLITICAL EMOTIONALITY

Andrea Bonvillani**

En una cartografía de la emocionalidad política que mediante la metáfora de la policromía muestra los matices que caracterizan el registro subjetivo de la política en jóvenes de sectores populares de Córdoba (Argentina), se describe la instrumentación de las pasiones en procesos de sujeción al orden social en tensión con las posibilidades de emancipación subjetiva que éstas ofrecen.

Palabras clave: emocionalidad política, subjetividad, pasiones, jóvenes, sectores populares, emancipación subjetiva.

A autora se refere a um mapeamento da emocionalidade política que, por meio de metáfora da policromia, mostra os matices que caracterizam o registro subjetivo da política em jovens de setores populares de Córdoba (Argentina), descreve-se a instrumentação das paixões no processo de sujeição à ordem social em tensão com as possibilidades de emancipação subjetiva que elas, as paixões, oferecem.

Palavras chave: emocionalidade política, subjetividade, paixões, jovens, setores populares, emancipação subjetiva.

In the cartography of a political emotion that uses the metaphor of polychromy to show the shades that characterize the subjective record of politics in popular sectors youths of Córdoba (Argentina), in this article we describe the instrumentation of passions in subjection processes to the social order in tension with the possibilities of subjective emancipation that passions offer.

Key words: political emotion, subjectivity, passions, youths, popular sectors, subjective emancipation.

* El artículo es producto de la investigación titulada "Subjetividad política juvenil. Estudio comparativo en jóvenes cordobeses de procedencias sociales contrastantes". Tesis doctoral, facultad de psicología, Universidad Nacional de Córdoba. Dirección: Alicia Gutiérrez. El estudio se desarrolló entre 2003-2008 y contó con las becas Conicet y de la Universidad Nacional de Córdoba.

** Doctora en Psicología. Docente e investigadora en la Universidad Nacional de Córdoba y en la Universidad Nacional de Villa María. Becaria posdoctoral de Conicet, Córdoba (Argentina). E-mail: abonvillani@gmail.com

PRESENTACIÓN

Este artículo presenta un recorte de una experiencia de investigación recientemente concluida, en la cual exploré y caractericé la construcción de subjetividad política en jóvenes entre dieciocho y veinticinco años, de pertenencias sociales contrastantes en Córdoba (Argentina), aunque por razones de extensión, aquí sólo consideraré el caso de los jóvenes de sectores populares.

Con la categoría *subjetividad política* me propuse visibilizar las modalidades a partir de las cuales se tensionan la subjetividad, la política y los procesos de inclusión/exclusión que operan en el marco del capitalismo en la actualidad, mostrando el desenvolvimiento de la sujeción a un orden social, pero también las posibilidades de emancipación subjetiva de los jóvenes. Con ello, estoy conceptualizando la política como una forma colectiva de ejercicio del poder y, por tanto, como cualidad que atraviesa todas las relaciones sociales. Esta encuentra en la forma representativa liberal y en las instituciones que le corresponden (Estado, partidos políticos) una forma de expresión, aunque no la única.

La mirada que se plantea aquí, implica pensar la subjetividad política juvenil como una compleja articulación de dimensiones simbólicas, emocionales y prácticas, las cuales sólo pueden enunciarse en forma diferenciada por efecto del dispositivo analítico implementado. En este marco, lo que se quiere enfatizar en este artículo es que toda expresión de subjetividad política compromete el despliegue de una dimensión afectivo-deseante: sensibilidades, sentimientos, pasiones.

En un primer momento, el trabajo aborda lo que denominamos *campo afectivo*, dando cuenta de algunas propuestas de conceptualización que este universo de afectaciones subjetivas ha supuesto en términos de producción teórica, y en seguida se posiciona la propia. Luego, se muestran tanto las articulaciones posibles entre este campo y la política, como el modo en que la cuestión ha sido objeto de investigación. Posteriormente, se realizan consideraciones acerca de las opciones metodológicas del estudio en el que se enmarca este artículo desde una perspectiva cualitativa, y en busca de las significaciones y los posicionamientos subjetivos de los jóvenes.

Finalmente, se ofrece una cartografía de la emocionalidad política juvenil que pretende distinguir intensidades en las afectaciones que provoca este objeto social,

lo cual, como veremos, nos llevará por el camino de la autoimagen que los jóvenes han construido y construyen de sí en sus experiencias ancladas en particulares condiciones sociohistóricas de producción subjetiva. Para dar cuenta de los matices que caracterizan este registro de sensibilidades, se acude a la metáfora de la policromía que retoma la tensión propia de la matriz espinoziana de las pasiones alegres y las tristes. El involucramiento subjetivo en prácticas sociopolíticas que los jóvenes realizan en un movimiento social, se evidencia como un criterio diferenciador para pensar la predominancia de pasiones alegres, en tanto les devuelve la potencia de transformar sus condiciones de vida en el marco de las experiencias compartidas con otros.

EL UNIVERSO AFECTIVO

Puede considerarse la afectividad como una dimensión de estudio tardíamente conquistada por las ciencias sociales y humanas en las últimas décadas, luego de una larga noche en la que se la consideró como un conjunto de respuestas individuales desorganizadas y desorganizantes (Dewey y Hebb cit. Palmero *et ál.*, 2006), en oposición al modo racional de vinculación con el mundo que el pensamiento moderno dispuso como valor supremo.

Actualmente, existe acuerdo respecto a la importancia atribuida a la afectividad en la experiencia humana, ya que se la considera un indicador de la significación que los sujetos le dan a los objetos sociales y, más aún, se la define como la conciencia de esa experiencia (Luna, 2007). La literatura sobre esta cuestión muestra que las emociones integran, junto con los sentimientos, un *campo afectivo* de difícil delimitación y sujeto a múltiples definiciones y controversias.

Sin embargo, parece haber cierta coincidencia en que, cuando hablamos de emociones, hacemos referencia a una respuesta multidimensional que integra tres aspectos: el neurofisiológico-bioquímico, motor o conductual-expresivo y subjetivo-experiencial. El primero alude a la base biológica de las emociones, mientras que el segundo se refiere a su dimensión de respuesta, es decir, al registro de un cambio en el estado, composición y disposición del cuerpo. Finalmente, la experiencia es determinante en la posibilidad de dar significación y emocionarse, porque a través de ella se internaliza “una especie de *script* cultural y socialmente aprendido” (Luna, 2000: 5).



Grafiti (estencil). BOGOTÁ | FOTOGRAFÍA DE MARIANA GUHL

De este modo, existe una especie de modulación social en la expresión de los estados afectivos: el contexto social, inmediato y mediato (interaccional), genera un campo de expectativas internalizado subjetivamente en relación con los sentimientos y emociones que deben ser expresados en público y de qué manera, bajo cuáles condiciones y con cuánta intensidad.

En síntesis, en este trabajo se considera que las tendencias afectivas (sentimientos, emociones, pasiones) remiten a un sustrato común de sensibilidad que permite pensarlas en conjunto, en términos de un campo afectivo que está en el corazón de la subjetividad y que, en consecuencia, permanentemente dialoga con otras dimensiones de la subjetividad, como las cogniciones y las prácticas¹.

EMOCIONES, PASIONES Y POLÍTICA

Las tendencias pasionales individuales han sido objeto de preocupación desde los inicios de la filosofía política moderna, en tanto amenazarían el orden social debido a su carácter de ingobernables a través de medios racionales.

El planteamiento de Hobbes, por ejemplo, reconoce en un sentimiento el eje articulador del Estado moderno: el temor a la muerte será más intenso que el deseo de liberar las pasiones personales, y, en consecuencia, los hombres aceptarán someterse a un orden político a cambio de no caer en la ley de la selva, “del todos contra todos”.

Ha sido Baruch de Espinoza uno de los filósofos modernos que ha hecho dialogar de manera más interesante las pasiones con la política. Espinoza construye un edificio teórico que le va a permitir desplazar este miedo a la muerte como motivo que se implementa “extorsivamente” para fundar la razón de Estado hobbesiana, a partir de la afirmación de que una existencia temerosa es funcional a esta forma de política:

[...] la promoción del temor, la melancolía, la tristeza, la inseguridad, que convergen en una inhibición de la potencia –siempre susceptible de ser considerada y ejercida en un sentido político– merced a un poder cuya eficacia no deriva tanto de su propia materialidad como del miedo, la ignorancia, la impotencia y el consentimiento de aquéllos sobre los que se ejerce (Tatián, 2006: 195).

Dentro del sistema de pensamiento espinosista, los afectos son las “afecciones del cuerpo por las cuales la potencia de obrar de ese mismo cuerpo es aumentada o disminuida, ayudada o reducida” (Espinoza cit. Deleuze, 2004: 63). Así, ubica un tipo particular de afectos como las pasiones tristes: éstas, en tanto resienten nuestra energía vital, disminuyen nuestra potencia de existir y de actuar y se constituyen en una herramienta muy eficaz desde la cual se ejercita la opresión del poder, porque inmovilizan y coartan la acción.

Por el contrario, las pasiones alegres nos iluminan porque restituyen nuestra capacidad deseante, nos movilizan a la acción común transformadora. En síntesis, en Espinoza encontramos una comprensión de las pasiones, no como un “demonio interno” que habría que sofocar o domesticar, sino como una fuerza que nos pone en contacto con nosotros mismos y los demás, cuyo conocimiento nos permite el desarrollo de la potencia de ser. Ocurre que las pasiones tienen un lado oscuro que es la tristeza que nos vuelve impotentes, nos impide conectarnos con nuestra propia vitalidad.

Una referencia teórica ineludible en la actualidad es la lectura que ofrece Deleuze (2004) de Espinoza, la cual enfatiza en el estudio de las pasiones como una expresión del ejercicio del poder político, en torno a la tensión potencia/impotencia. Ya que los afectos constituyen un aumento o disminución de la posibilidad de actuar de los cuerpos, se entiende que su instrumentalización es eminentemente política.

En este marco, los cuerpos adquieren una importancia central, en su cualidad de alojar tanto operaciones de dominación como prácticas de desobediencia, porque “cada cuerpo se produce y reproduce en el complejo anillado de múltiples marcas” (Fernández, 2007: 262), pero también en las líneas de fuga en relación con esas delimitaciones y prescripciones. La referencia al cuerpo como *producido*, indica que en el marco de este trabajo se lo piensa más allá de su cualidad de organismo. Se trata de un cuerpo *fabricado* en procesos de producción socio histórica: lo social hecho cuerpo, dirá Bourdieu (1991) y que, en esa medida, es también capaz de recusar los mandatos sociales, porque, ahora con Espinoza, “nadie sabe lo que puede un cuerpo” (1966).

De tal forma, encontramos en el linaje del pensamiento de Espinoza, una matriz conceptual que nos abre visibilidad para entender de qué modo las pasiones humanas



Grafiti (esténcil). BOGOTÁ | FOTOGRAFÍA DE MARIANA GUHL

y la subjetividad que configuran, sirven tanto para sostener procesos de dominación política como para potenciar aquellos que tiendan a la emancipación subjetiva, en clave de resistencia y creación colectiva.

En este camino, podemos inscribir diversos autores que indagan en lo que podría llamarse una “política de lo afectivo”. Por ejemplo, Maffesoli (2005) sostiene que la clave para entender la transfiguración de lo político hoy lo constituye la fuerte presencia “[del] sentimiento, lo emocional, lo afectivo, todo esto que vibra, en momentos particulares (ritos), con el simple placer de estar-juntos” (169). Esta politización de lo afectivo radicaría, en parte, en celebrar la expresión de las sensibilidades humanas que encuentra su máximo despliegue en el poder del encuentro con el otro, más allá del sentido (de trascendencia o proyección política) que el propio colectivo le otorgue.

La revisión bibliográfica realizada indica que en los reportes de investigación sobre jóvenes y estructuras políticas tradicionales (Estado, partidos políticos) de las últimas décadas, predominan las referencias a estados anímicos adversos para dar cuenta de un rechazo colectivo hacia lo instituido político: la disconformidad, la in-



Grafiti (esténciles) de DJLU. BOGOTÁ | FOTOGRAFÍA DEL AUTOR

satisfacción y la desconfianza, que llevan a la decepción, al descontento, a la apatía e, incluso, a una actitud declaradamente antipartidista (Torcal *et ál.*, 2003). A esta línea de indagación contribuyen predominantemente los estudios estadísticos de grandes bases empíricas, como por ejemplo, las consultas de opinión que se realizan periódicamente y en las cuales se indagan las percepciones y actitudes juveniles hacia la política (Centro de Opinión Pública de la Universidad de Belgrano, 2002; Fara y Asociados, 2008, entre otros). Dentro de las críticas que se le pueden formular a este tipo de abordajes, encontramos la omisión de otras formas de participación sociopolítica no tradicionales. Esta invisibilización oculta novedosas fuentes de activismo juvenil, como la militancia en organizaciones populares o las prácticas socioculturales de denuncia o expresivas de reivindicaciones de distintos grupos (Bonvillani *et ál.*, 2008), las cuales son especialmente relevantes para conocer el despliegue de otras maneras de afectación subjetiva, como se muestra en este trabajo.

Dentro de la producción académica en Argentina y en referencia a la recuperación de estas modalidades emer-

gentes de politización, merecen destacarse las contribuciones de la *sociología de las emociones* propuesta por Scribano (2007 y 2009) y el estudio de las afectaciones corporales como clave para entender la producción de una subjetividad (política) en Fernández (2007). En ambos casos, encontramos la preocupación por indagar las inscripciones que en la subjetividad de los argentinos han dejado las múltiples tensiones sociohistóricas que hemos enfrentado en los últimos años, teniendo como horizonte las modalidades a través de las cuales el orden capitalista ejerce hoy su dominio en los cuerpos y en las sensibilidades, pero también en las grietas desde las cuales los colectivos inventan estrategias de resistencia y contrahegemonía.

En similar dirección, los trabajos recientes de Reguillo (2007) muestran lo que la autora denomina *administración social de las pasiones*, cuyo objetivo es modular los sentimientos colectivos, por ejemplo, el miedo, con el fin de evitar la emergencia de conflictos que alteren “el armonioso paisaje que el neoliberalismo globalizador pretende proponer como narrativa única” (4).

DECISIONES METODOLÓGICAS: PRECISIONES RESPECTO AL CASO EN ESTUDIO

La investigación en la que se enmarca este artículo fue cualitativa: se buscó comprender y explicar las modalidades de relacionamiento subjetivo con el mundo político, teniendo como eje el universo de experiencias que todos los días los jóvenes tejen con otros y que les permiten dar sentido a la propia existencia y desarrollar sus proyectos. Se utilizó una “muestra teórica”² (Glasser y Strauss, 1967), marco en el cual se planteó la comparación³ de dos grupos de jóvenes cordobeses, uno de sectores medio-alto, compuesto por estudiantes universitarios y otro popular, el cual estuvo integrado parcialmente por participantes de un movimiento social. Los jóvenes que integraron la muestra tenían entre dieciocho y veinticinco años⁴.

Con el objeto de satisfacer el criterio de triangulación (Vallés, 1999), me acerqué a los jóvenes a través de distintas vías metodológicas (cuestionarios, entrevistas en profundidad, grupos de discusión y observaciones⁵), para conocer los modos que asume la configuración de su subjetividad política. El proceso de análisis e interpretación hacia la construcción de categorías⁶ fue conducido por el programa Atlas.ti.

Como ya anticipé, en este trabajo abordaré la cuestión de la producción de subjetividades políticas en jóvenes de sectores populares, con lo cual corresponde formular una mínima caracterización acerca de las condiciones materiales y simbólicas en las que ellos desarrollan su vida, en tanto éstas se constituyen en el marco para dicha producción.

Se trata del 60% de varones y mujeres jóvenes que viven en la pobreza en Argentina (Dirección Nacional de Juventud, 2003). En este grupo es generalizada la falta de un empleo estable, lo cual los obliga a resolver su subsistencia diaria a través de la puesta en marcha de múltiples estrategias cotidianas: trabajos inestables y precarizados (como venta ambulante de comida), procuración de “bolsones de comida” que provee el Estado y, en el caso de sus hijos, la asistencia a los diversos comedores que funcionan en escuelas y organizaciones populares. A partir de la devastadora crisis de fines del 2001, aparecen en escena los “planes sociales”: magras ayudas del Estado que se constituyen en el único ingreso relativamente estable para gran parte de estas familias.

La mayoría de ellos vive con sus padres e hijos en casas precarias ubicadas en terrenos fiscales ocupados de manera ilegal, no cuentan con infraestructura ni servicios mínimos como agua corriente, por ejemplo. El análisis de las trayectorias familiares permite ubicar a estos jóvenes en la pobreza estructural, ya que se trata de tercera o cuarta generación que soportan estas condiciones de vida. Sólo tres de los jóvenes con los que se trabajó han terminado sus estudios secundarios, mientras que el resto los abandonó, siendo el motivo fundamental para hacerlo, la necesidad de trabajar para vivir o aportar a la economía familiar.

La caracterización de lo *popular* que se asume en este caso, pone en diálogo una dimensión económica o material con un nivel de significación simbólica, para hacer referencia a una determinada forma de ser *visto-evaluado* desde las concepciones hegemónicas que, en la práctica, se constituye en una carga de fuerte estigma social para los sujetos en esta situación (Guber, 1999).

Estamos en presencia, entonces, de jóvenes que han recibido el mayor impacto de las crisis socioeconómicas de la Argentina de los últimos años (Filmus y Miranda, 1999), las cuales han venido a agravar la situación de pobreza de las generaciones anteriores, no sólo en términos de una intensa precarización laboral, sino también respecto de las posibilidades de un despliegue pleno de la sociabilidad en espacios que los contengan y les permitan construir proyectos de vida propios.

Se trata de escenarios vinculares donde confluyen las dificultades materiales para sostener el diario vivir, con deprivaciones afectivas inscriptas en procesos de socialización conflictivos, donde abundan los abandonos y las separaciones familiares, situaciones que generalmente se caracterizan por generar intenso sufrimiento psíquico.

A partir de esta caracterización general, se recorta un subgrupo especialmente afectado por una fuerte desafiliación (Castel, 2004): además de no trabajar ni estudiar, no han desarrollado pertenencia a organizaciones sociales de ningún tipo. A ellos está referido el apartado siguiente.

Mientras que el otro subgrupo está constituido por jóvenes de sectores populares que forman parte de un movimiento social de alcance nacional, el cual presenta “una matriz ideológica ligada al populismo de izquierda” (Svampa y Pereyra, 2003: 239), a partir de lo cual, sus

prácticas se orientaron a cuestionar el orden neoliberal impuesto en la década menemista y resistir sus consecuencias de desempleo y exclusión mediante el uso del corte de ruta o “piquete”. En el momento de realizar el trabajo de campo, el movimiento había abandonado esta metodología de lucha, estaba identificado con el gobierno nacional y se encontraba lanzado a la arena política partidaria. Otra de sus características es su fuerte implantación territorial, a través de la cual realiza una intensa acción sociocomunitaria en diversos barrios de la ciudad de Córdoba y en localidades cercanas. Estas actividades se enmarcan en la gestión de los planes sociales que este movimiento –como muchas otras organizaciones sociales– realiza frente al Estado, ya que son la contraprestación que los beneficiarios deben realizar en su barrio para percibir dicho subsidio. La participación de los jóvenes en éstas, se concreta en torno a la movilización de redes que permitan la inclusión en las listas de beneficiarios de los planes sociales y la realización de actividades “sociodomésticas” (dar la copa de leche y cuidar los niños en la guardería, mantener la huerta comunitaria, etc.). Además, participan de talleres socioeducativos donde se discuten y socializan distintas temáticas (género, educación popular, juventud, sexualidad, etc.), éstos se encuentran coordinados por los dirigentes barriales y líderes del movimiento.

Dentro de este marco, y con el fin de mostrar las distintas modalidades de inscripción de los jóvenes⁷ en el movimiento considerado, hemos distinguido entre:

- *Coordinadores de áreas* que conforman un núcleo lideral y que también se ocupan de actividades de conducción global.
- *Dirigentes comunitarios*, aquellos que articulan la presencia barrial con el núcleo central antes mencionado.
- *Participantes en terreno*, cuya acción se restringe a las actividades sociocomunitarias que se realizan en el territorio.

Las dos primeras formas de pertenencia organizacional se caracterizan por su identificación con el proyecto sociopolítico del movimiento, y por poseer un conocimiento pleno de las circunstancias y modalidades de sus prácticas, a diferencia de la última, que aparece como una participación con menor grado de politización.

EL REINO DE LAS PASIONES TRISTES: EXPROPIACIÓN DE LA POTENCIA

[...] [las pasiones tristes] representan el grado más bajo de nuestra potencia, el momento en que quedamos más separados de nuestra potencia de acción, más alienados, abandonados a los fantasmas de la superstición y a las malas artes del tirano.

Gilles Deleuze

Una de las líneas de significación que con mayor claridad emerge en el estudio realizado, insinúa que el universo de las necesidades (insatisfechas) delimita el espacio de relación subjetiva con la política para los jóvenes cordobeses de sectores populares, remitiendo a un registro experiencial directo en el marco de prácticas clientelares o asistencialistas. Consecuentemente para muchos de ellos, la “política” se identifica básicamente con una ayuda que se espera de los políticos profesionales: “Uno va al acto, todos somos humildes, acá no hay ningún potentado. Uno puede seguir yendo, pero si tiene una ayuda” (Margarita, veinticinco).

De este modo, el registro emocional de la política aparece enlazado subjetivamente en una dinámica vincular en la que los políticos son los que dan y los jóvenes son los que reciben. Se trata de una trama de emocionalidad política que articula rechazo, desconfianza, decepción y, en general, intensos reproches hacia los políticos, resultantes del incumplimiento de su parte del vínculo asistencial-clientelar o de su insuficiencia: “[...] lo que no me gusta a mí es que roben, porque si no robarían harían muy, muchas cosas, nos darían más a nosotros” (Julián, dieciocho).

Lo que más reclaman es la falta de cumplimiento de las promesas electorales, lo que aparece en el discurso impregnado de un tono emocional que pone en evidencia un fuerte sentimiento de abandono que refuerza la vivencia de la desprotección, evidentemente enlazado con la autopercepción de vulnerabilidad social, del desamparo: “[...] les das los votos y después desaparecen. Por favor que no prometan cosas que no cumplen” (Marta, veinticinco).

Desde la experiencia cotidiana de estos jóvenes, transmitida además intergeneracionalmente, la política partidaria se vive como la única –o por lo menos la más inmediata– vía para lograr sobrevivir. Sin embargo, en algunos



Grafiti de DJLU. BOGOTÁ | FOTOGRAFÍA DEL AUTOR

casos se explicita discursivamente una toma de conciencia respecto de los límites que estas prácticas clientelares imponen a su posibilidad de ejercer en forma relativamente libre su ciudadanía: “[...] porque ellos por supuesto te dan el bolsón pero también te dan el voto y aquél que ellos quieren que vos lo votés. Y eso ya no es libre un voto” (Marta, veinticinco).

Aún así, admiten y participan de estas prácticas, condicionados por la falta de oportunidades. Aceptar los favores de los políticos puede estar connotado de cierta naturalización del sometimiento “*porque siempre ha sido así: uno agarra, aprovecha. Un año te regalan un colchón, otro año te dan el documento nacional de identidad de los chicos... ¿De qué otra forma vamos a tener documento nosotros? Ayer les decía a las mujeres: a lo mejor algunas consigan el baño estas elecciones... yo no me quejo, yo aprovecho*” (Ceci, veintitrés).

Desde la perspectiva aquí asumida, para comprender la lógica de los intercambios clientelares se debe considerar que estos:

[...] viven una vida en la objetividad del primer orden en tanto distribución de bienes y servicios a cambio de lealtades políticas; apoyo y votos; y en la objetividad de segundo orden, las redes clientelares existen como esquemas de apreciación, percepción y acción (no solo política) en las estructuras mentales de los sujetos involucrados en estas relaciones de intercambio (Auyero, 1997: 23).

Las actitudes y comportamientos de los sectores populares en el marco de esta relación, son interpretados aquí a partir de la hipótesis de la incorporación de una disposición subjetiva en una trayectoria de aprendizajes sociales, marcada por un fuerte condicionamiento estructural. La práctica clientelar, entonces, depende de una configuración de la subjetividad que es producto de una historia de relación con los políticos y demás actores sociales que se ubican en asimetría con los sectores populares, por la dinámica “ellos nos dan y nosotros recibimos”, que los ubica en una posición de dependencia, e incluso, de sumisión respecto a las élites partidarias: “Nosotros sabemos que si viene por política, seguramente va a venir

y me va a dar algo que yo necesito. Seguramente si vas a venir buscando votos, o algún favor, por eso me venís a buscar” (Celeste, diecinueve).

En síntesis, lo que observamos es una oscilación entre apelar al político para que materialice la expectativa de protección, de rencor y resentimiento ante la no concreción de la respuesta positiva a la demanda, emocionalidad que se despliega sobre el trasfondo de un fuerte sentimiento de culpa, y la resignación por el lugar de sometimiento en el que los ubica la práctica clientelar.

Esta gramática de afectaciones debe comprenderse enmarcada en una configuración de subjetividad política que implica una modalidad particular de relación con el mundo y con uno mismo. Ésta se va matizando en experiencias inscriptas en las trayectorias de reproducción social de los sectores populares, en su interacción con diversos actores como el Estado, las iglesias, las organizaciones del tercer sector y otros grupos sociales que ellos identifican como los “ricos”, conformando un vínculo de dominación, es decir, una relación de poder asimétrica, donde abundan no sólo la deprivación material, sino fuertes procesos de estigmatización social que se cristalizan en la percepción de ser “mal mirados”: “[...] cuando usted dice ‘soy de una villa’, me miran así, de reojo... con desprecio” (Nicolás, veinticinco).

Construir el autoconcepto supone una integración más o menos conflictiva con las miradas y valoraciones de los demás. Considerando las condiciones psicosociales altamente desvalorizantes en las cuales estos jóvenes se han socializado, y de las que di cuenta en el apartado anterior, es posible comprender la emergencia permanente de la devaluación de la autoestima, la naturalización del sometimiento y la resignación que caracterizan la manera de mirarse a sí mismos que encontramos en ellos.

Emergen en los discursos expresiones que nos hablan de autopercepciones de inferioridad, sobre todo referidas a sus competencias intelectuales. La frase que se repite es “a nosotros no nos da la cabeza”, que se esgrime como un argumento toda vez que en la conversación aparecen preguntas que suponen una exigencia de tipo cognitiva, como por ejemplo, cuando se les pregunta si se imaginan participando en política de algún modo o qué les gustaría hacer en el futuro.

En la mayoría de los casos encontramos un sentimiento de incompetencia generalizado, es decir, que no sólo se aplica como obstáculo para participar en política, sino en

general para exponerse en situaciones públicas que demanden un ejercicio de exposición retórica: “Yo no tengo carácter tampoco, soy muy tímida. De mis hijos sí te puedo contestar, pero en público no. Me pondría roja, me moriría de vergüenza... me hirven los cachetes” (Marta, veinticinco).

De acuerdo con la percepción de los jóvenes, existen determinadas características personales que posibilitan la participación política, de las que ellos carecen y por eso se encuentran –siempre desde su propia visión–, inhabilitados para tales prácticas. Dichas cualidades subjetivas giran en torno a la posibilidad de expresarse públicamente, explicando las propias ideas, en definitiva, tomando una posición, “pronunciándose” frente a otros de la misma clase o frente a los “de arriba”. En estas escenas que los jóvenes describen, se suscitan sentimientos de miedo y vergüenza, que podemos inferir derivadas de una autopercepción de incompetencia, inclusive vinculada con una condición natural de *inteligencia*, ausente en ellos desde su autopercepción.

Esta forma de naturalización de un proceso de construcción sociohistórica de lo que les pasa, lo vemos operar en cómo perciben los actos de discriminación de que son objeto: éstos son significados como “normales”, en tanto que esperables cotidianamente. De ahí no queda más opción que resignarse a ellos: “[...] muchas veces uno se calla porque ‘ta bien’... Una vez me llevaron porque estaba pasando dos o tres veces en la bici y era de noche y está bien, tenían razón porque me llevaron por merodeador y aparte la bici no tenía papeles... además yo soy un poco negro...” (Julián, dieciocho).

Cuando ello se conjuga con la autopercepción devaluada, se dificulta registrar las propias competencias, configurando así una asunción subjetiva de la estigmatización social. En esa misma dirección, encontramos que tienden a interpretar la discriminación como un hecho aislado e individual, sin poder pensarla de otro modo.

Encontramos que el concepto *fatalismo conformista* enunciado por Ignacio Martín Baró (1986), es explicativo de esta forma de tomar posición respecto al lugar social ocupado, en tanto apela a la idea de un destino que escapa a la gobernabilidad de sí mismo, y en consecuencia, obliga a asumirlo con resignación: “[...] por más que no tengas la suerte de conseguir trabajo... Dios no nos dio a todos por igual. Es cuestión de suerte” (Marta, veinticinco).

Podríamos decir que el sentimiento predominante en estos jóvenes es el de “desengaño” hacia los políticos, porque la fuerte consignación en ellos de la posibilidad de un mejoramiento de sus vidas se ve frecuentemente defraudada en la práctica.

En contextos sociales como éstos, podemos suponer que el monto de la decepción corre parejo con las esperanzas puestas en la política como ayuda: cuando tomamos dimensión de lo que significa que los otros canales para sostener la propia supervivencia estén prácticamente obturados, podemos comprender de manera más acabada cómo se registra subjetivamente el incumplimiento de las promesas o la insuficiencia de lo recibido.

La naturalización y resignación frente al sometimiento y la relativa apatía que suele modificarse ante la posibilidad de recepción de ayuda se constituyen en *mecanismos de soportabilidad social* (Scribano, 2007) que permiten tolerar la vivencia de la dominación y evitar a nivel subjetivo asumir el conflicto propio de la explotación del hombre por el hombre en la fase actual del capitalismo.

Decepción, frustración, miedo y vergüenza son pasiones tristes que, en la medida que limitan el despliegue de la energía vital a los jóvenes, los expropian de la potencia para transformar las condiciones de vida propias de la opresión en la que viven. Entonces, se trata de cuerpos inmovilizados, cuerpos a los cuales lo único que parece quedarles es esperar la ayuda de los políticos, pero a la vez, lo hacen atravesados por la incomodidad y el desengaño.

El horizonte de promesas de un futuro mejor que la política permitía canalizar en otras épocas, se ha esfumado para estos jóvenes. Las prácticas políticas que ellos presencian prometen, pero lo hacen desde un escenario tan atravesado por antecedentes de mentira y de engaño que resultan prontamente en una decepción que se suma a la larga lista. Pero más aún, la forma clientelar y asistencialista que asume su vínculo con la política les devuelve en espejo una imagen de dependencia y sumisión, que viene a consolidar un modo de producción de subjetividad que conjuga naturalización de la dominación social y devaluación de la autoestima, remitiendo así a una particular estrategia biopolítica de dominio⁸, en tanto condena a la apatía y a la parálisis social a este sector poblacional afectado.

UN NOSOTROS QUE HACE OTROS: ALEGRÍAS Y ESPERANZAS (PRECAVIDAS)

Los afectos no son sentimientos, son devenires que desbordan a aquél que los vive quien se vuelve, de este modo, otro.

Gilles Deleuze

Como ya se ha puntualizado, la *politicidad popular* (Merklen, 2005) aparece en relación estrecha con una gramática de la necesidad. De esta forma, la socialización política de los jóvenes de sectores populares que consideraré a continuación, está habitada por la presencia cotidiana de la actividad política territorializada, la cual, en los últimos años en Argentina, se vio modificada y enriquecida por la intervención de distintas formas organizativas que expresan la asociatividad en la gestión de las necesidades comunes: Las familias logran redondear sus ingresos precisamente en el barrio. Sobre esta base participan de la vida política a través de organizaciones barriales que se muestran cada vez más eficaces para obtener beneficios de las nuevas políticas sociales (Merklen, 2005: 60).

Se trata, entonces, de un proceso complejo que articula a los sectores populares con los movimientos sociales y el Estado, marco en el cual las organizaciones sociales aparecen como mediadoras de lo que se constituye prácticamente en el único ingreso para gran parte de este grupo social, con todo el riesgo de reproducir estilos autoritarios y clientelares que esto supone. Con el fin de propiciar la comprensión de la construcción de subjetividades políticas en jóvenes cordobeses de estos sectores poblacionales, es necesario remarcar que estas son las condiciones sociohistóricas en las que específicamente las subjetividades se producen.

Entre estos jóvenes, que participan bajo diferentes modalidades en el movimiento social considerado, emergen tonalidades de emocionalidad política muy diferentes de las mostradas en el apartado anterior. Aunque con matices, que delinearé más adelante, aparecen pasiones alegres, asociadas con las búsquedas y deseos de transformación que se despliegan en estas intensas experiencias de aprendizaje político que constituye su participación en el movimiento social.

En principio, se observa un ejercicio de reflexividad acerca de sus propias condiciones de vida, lo cual se objetiva en la lectura que producen respecto de la modali-

dad de vinculación clientelar y asistencialista con el Estado y las consecuencias que eso implica en términos de déficit de ciudadanía. La vivencia subjetiva de esta *política bastarda* –como ellos la conceptualizan– está cargada de “bronca” hacia los políticos de carrera: “[...] a mí me da tanta bronca cuando los políticos salen en las propagandas besando a un chico y lo levantan y cuando más suicio mejor, me da mucha bronca (exclama) [...] Y después van a la casa y se lavan cincuenta veces las manos... a mí molesta porque vienen y nos usan” (Silvia, veinticinco. Participante en terreno).

El “sentirse usado”, autoperibirse como “objeto de los manejos de los políticos”, ser “llevados para hacer bullo” son expresiones que visibilizan una configuración simbólico-afectiva cargada de ira hacia quienes los cosifican: “[...] vienen a buscar a la gente cuando a ellos les hace falta, sino no vienen. Nos sentimos muy manoseados” (Carla, diecinueve. Dirigente comunitaria). Usar a los otros, constituyéndolos en “objetos”, aprovechándose de sus condicionamientos económicos, se plasma en la capitalización que en general hace la clase política de los cuerpos de los pobres. En el mercado político profesional, esta presencia física se vuelve un organismo⁹ colectivo: es la yuxtaposición de unas individualidades que hacen número en el espacio público. Se trata de un capital político: cuando la sumatoria de energías corporales adquiere visibilidad (en un acto de campaña, en una elección), sirve para medir la fuerza del político, de lo que puede movilizar.

En contraste, parte de la acción colectiva que se despliega en estas experiencias políticas consiste en pensar de otro modo la relación con la política Estado-partidaria y, en consecuencia, repositionarse subjetivamente frente a ella. Así, dentro del universo simbólico que produce el movimiento social, recibir un plan social se conceptualiza no como una “dádiva del gobierno”, sino como “un derecho del ciudadano”: “Al plan lo dan para que vayas sobreviviendo en la sociedad donde no hay trabajo” (Rosa, veintidós. Dirigente comunitaria), pero lo que se busca es ir hacia la solución de fondo que es la procuración de la autonomía y dignidad que posibilita contar con un empleo digno. Desde esta premisa, el movimiento social realiza diversas acciones estratégicas: se estimula el aprovechamiento de las instancias de encuentro que suponen los distintos dispositivos de contraprestación, para aprender habilidades que puedan incrementar la empleabilidad de los beneficiarios del plan: manualidades,

tejidos, huerta comunitaria, así como acciones específicas de capacitación en oficios (electricidad, panadería, construcción).

Esto nos muestra el entrelazamiento entre reflexividad y sensibilidad, porque dar nuevos sentidos a las propias prácticas, rechazando el lugar pasivo de receptor de la beneficencia estatal para devenir productor de acciones y significaciones, permite aliviar la sensación de impotencia, produciendo nuevos modos de subjetivación política en el movimiento, en la fuerza vital que se despliega en el hacer con otros, enfrentando la expropiación estatal.

En consecuencia, referimos aquí otras formas de hacer política, pero, sobre todo, otras maneras de experimentar a sí mismos, es decir, de transformación de la subjetividad de los jóvenes. El compromiso subjetivo en estas instancias grupales propias de la vida de los sectores populares en la actualidad, tiene gran importancia en el sentido de pensar su politicidad, en la medida en que permite rehabilitar una imagen positiva de sí mismos: “Mi hijo dice: [cita] ‘yo le pregunté a mi seño y dice que en la cooperativa podían hacer... no sé qué’. Y le dijo que ella no sabía y nosotros habíamos estado trabajando sobre ese tema con mi hija. Entonces es como que él, viste, te ve como que sabés. Una se siente bien” (Mónica, veinticinco. Dirigente comunitaria).

La práctica colectiva del debate que estos ámbitos proveen, constituye una posibilidad cierta para ensayar la toma de decisiones autónomas, por lo menos en el microespacio social protegido que provee la organización: “[...] lo que queremos es que entre todos decidamos qué política queremos: qué vemos mal, qué vemos bien, qué queremos cambiar” (Lucas, veintidós. Dirigente comunitario).

Ejercitar la autonomía les devuelve una autopercepción positiva, por la posibilidad de agencia que habilita en los jóvenes: discutir y posicionar el propio punto de vista para decidir con un criterio propio que se tensiona con los de los otros, es vivido por ellos como un espacio de crecimiento personal y colectivo. Dentro de este efecto de “reparación de la autoestima”, cobra importancia central la posibilidad de ser escuchados, que implica ser “tenidos en cuenta”: “El movimiento en sí te enseña a que sos escuchado y que tenés derecho a hablar, que vos podés opinar. Quizás antes me quedaba callada, en cambio ahora ya no” (Nilda, veintiuno. Participante en terreno).

Esta posibilidad es significativa para personas pertenecientes a grupos sociales que históricamente han sido silenciados en su palabra, “porque lo característico de las víctimas de la opresión económica es no tener voz” (Bourdieu, 2001: 24). La oportunidad de objetivar sentimientos, pensamientos y deseos además de posibilitar el autoconocimiento, provee de un escenario psicosocial en el cual sentirse legitimado para expresarse, generando condiciones para una reparación psicológica frente al daño que produce a nivel de la autoestima el ser excluido del mercado de la palabra reconocida como legítima a lo largo de una trayectoria de vida:

[...] hay mucho pibes que al principio no dicen una palabra, y después [cita] “ah!, mirá yo puedo hablar y mis ideas cuentan y puedo ser importante para alguien”. A mí me apasiona pensar que muchos que no abrían la boca o que no levantaban la vista del piso, hoy se sientan a discutir acerca de sus derechos, o qué dirección tiene que tomar la cosa (Víctor, veinticuatro. Coordinador de área).

En el proceso de investigación que compartí con los jóvenes del movimiento, los acompañé en algunos tramos de la trayectoria por la que fueron construyendo un “nosotros”. Los encuentros diarios en los que las jóvenes mujeres preparan y dan la copa de leche a los niños de su barrio, los talleres semanales que organizaban los dirigentes más jóvenes del movimiento para discutir y pensar soluciones a problemáticas propias, las reuniones de otro grupo para llevar adelante el festejo del día del niño, constituyen prácticas concretas en las que se despliegan sensibilidades y potencias colectivas que merecen ser consideradas en términos de “situaciones donde se produce subjetividad” (Fernández, 2007: 281).

Interrogados los jóvenes acerca de qué los convoca a compartir estos espacios, aparece en primer plano el puro placer de estar con otros y de encontrarse para hacer, habilitando un ejercicio de sociabilidad atravesado por la búsqueda de la diversión, del disfrutar de un instante suspendido en el trámite rutinario que supone la cotidianidad:

[...] venían porque les gustaba a ellas también. Yo no conocía a ninguna de ellas... es como que empecé a hacer, es como que uno empieza a tener una amistad, un vínculo personal, entonces eso mismo nos motivaba a estar juntas, hacer pastelitos, empanadas, velas, todo ese tipo de cosas, hacíamos documentos, crucigramas (Rosa, veintidós. Dirigente comunitaria).



Grafiti (esténcil) de DJLU. BOGOTÁ | FOTOGRAFÍA DEL AUTOR

Esto no es poca cosa en un mundo donde imperan el individualismo y el aislamiento, pero ellos avanzan aún más cuando dan sentido a estas experiencias desde la posibilidad de construir una trama con el otro que permita la contención y el sostén frente al universo de problemas que enfrentan:

[...] como que me siento libre al hablar, no me siento con vergüenza y además porque siento que hay... somos todas iguales, hablando de lo mismo, tenemos los mismos problemas por el hecho de ser mujeres y pobres (Lourdes, diecinueve. Participante en terreno).

Cuerpos que se encuentran, que pueden compartir un aquí y ahora desde las vivencias comunes pero, sobre todo, desde la confianza con la que cuentan para contar. Grupalidades que sostienen y alivian porque permiten reinscribir en una crónica común aquello que deliberadamente ha sido instituido como lo individual por el orden neoliberal (Fernández, 2007).

De este modo, este “espacio con otros” es ocasión para comprender que lo asumido en primera persona como un déficit o culpa individual, debe ser pensado como una



Grafiti (esténcil). BOGOTÁ | FOTOGRAFÍA DE MARIANA GUHL

producción sociocultural enmarcada en procesos de dominación de clase y género. Esta posibilidad de reconstituir los lazos sociales también puede pensarse en clave de asociatividad en el mundo popular. Es decir, la productividad del pensamiento colectivo, la potencia del hacer con otros, en fin, escucharse, valorarse, quererse, son estrategias de afrontamiento frente a los esfuerzos por fragmentarnos y hacernos creer que nada puede cambiar:

[...] que te escuchen te cambia muchísimo, también tener otras ideas que te van sumando, porque cuando nosotros vamos a las reuniones con los otros chicos así como vos escuchás los problemas que tienen en el barrio, también valorás lo que hacen. Cuando yo voy también me escuchan y valoran mi opinión (Alicia, veintiuno. Dirigente comunitaria).

[...] en un país donde hay tanto individualismo ser solidario es revolucionario, pero no solidario porque a mí me hace bien, sino porque pienso que ayudando a otros podemos cambiar todos juntos (Víctor, veinticuatro. Coordinador de área).

Sentirse parte de un colectivo capaz de pensar y hacer por sí mismo, habilita el despliegue de la autonomía en

procesos de autogestión orientados a satisfacer las propias necesidades y cambiar aquello que se vive como opresión, asumiendo responsabilidades en el juego social:

[...] cuando desarrollamos algún tema y nosotros sacamos nuestras propias conclusiones... Me parece que es un modo de salir adelante: juntándose y tratar de buscar nosotros las soluciones (Marisa, veinticinco. Dirigente comunitaria).

Siempre nos han hecho entender que nosotros en eso no nos podemos meter, porque yo he sentido muchas veces como que los de arriba tienen la decisión, los de arriba son los que hacen la política. Para mí no es así, nosotros también podemos hacer política al sentarnos a discutir, o decidir, a decir “vos vas a hacerte responsable de esto”, “yo de esto”, “dejame que yo coordine esto otro” (Rosa, veintidós. Dirigente comunitaria).

En síntesis, se trata de una “reapropiación de sus facultades corporales” (Berger, 2007: 210): de recuperar la voz, de rehusarse a ser cuerpos-objeto para ser cuerpos en potencia colectiva, de mirar lo producido para mirarse a sí mismos de otro modo. Esta cartografía estaría incompleta si no se considerara un matiz de tristeza y decepción que aparece en aquellos jóvenes cuya pertenencia –restringida a participar territorialmente– es débil respecto de los núcleos más identificados con las formas de construcción política del movimiento.

Su incipiente presencia en la arena electoral, ha obligado al movimiento a realizar actividades que son inherentes a tales aspiraciones: realizar actos de campaña, sostener con infraestructura propia su participación en los comicios, etc. Para ello, han “convocado” –desde la perspectiva del núcleo lideral– o han “exigido” –desde la visión de los participantes en terreno–, la presencia y colaboración de estos últimos. En ellos, que parecen ser objeto de cierta presión por parte del movimiento, vemos reeditarse las sensaciones altamente desagradables que la política instituida (autoritaria, clientelar) les inspira, esta vez en el marco de su relación con el movimiento social, ahora devenido en fuerza política en apoyo del oficialismo:

[...] mandaron una lista con los nombres de los que van de fiscal de mesa y yo estaba en esa lista: tengo dos hijos, y no puedo estar ahí todo el día, me obligaron: “tenés que ir porque se te da de baja”¹⁰. Y no me gustó y fui... para mí de eso me quedó un recuerdo horrible. Me sentí muy usada, muy usada... (María, veinticinco. Participante en terreno).

Tensionados por la necesidad, que difícilmente se satisface por otros caminos, la alternativa que ofrece el movimiento social se simboliza y se siente como una “esperanza precavida”: una suerte de solución de compromiso entre el deseo de creer y el temor a ser traicionados una vez más. Un entusiasmo que no se atreven a desplegar del todo porque desde el registro de la experiencia política los asecha la sombra de la desilusión:

M: yo creo o necesito creer en algo, los del movimiento son los únicos que me han dado plan. Ellos prometen y yo quiero creer, va... todos necesitamos creer en algo.

S: Ojalá que no sean como todos que prometen y después cuando llegan se olvidan, dicen y después no se cumple.

M: nosotros decimos que muchos políticos ya dijeron muchas cosas... ¿serán iguales? ¿Irán a cumplir? (María, veinticinco y Silvia, veinticinco. Participantes en terreno).

PUNTUALIZACIONES PARA UN CIERRE

La intensa presencia del clientelismo y asistencialismo que impregna la experiencia de estos jóvenes ha dejado marcas en su subjetividad política. Esta forma de relacionamiento subjetivo con el Estado y los partidos políticos que, metonimización mediante, es también la modalidad predominante de “experimentar” la política para los que no participan del movimiento social, es objeto de emociones ambivalentes: aunque se la acepta, por ser necesaria para la supervivencia, esto produce un fuerte sentimiento de frustración, porque en definitiva devuelve en espejo una imagen subordinada y resignada de sí mismo. Es decir, los confronta con la internalización del límite social, de la relativa imposibilidad de salirse del lugar asignado que, por supuesto, es construida como una incorporación velada de la dominación social. A esta frustración se le suma otra: la que produce el desengaño por ser defraudados por los políticos que no cumplen sus promesas electorales.

Desconfianza, decepción, frustración, resignación que son asumidas en el registro discursivo de la primera persona y entonces aparecen como estrictas producciones del dominio de sensaciones individuales. Justamente por invisibilizar el proceso de producción sociopolítico del que resultan, remiten a la eficacia del uso político de las emociones: “Los sentidos orgánicos y sociales permiten

vehiculizar aquello que parece único e irrepetible como son las sensaciones individuales, y elaboran a la vez el ‘trabajo desapercibido’ de la incorporación de lo social hecho emoción” (Scribano, 2007: 126).

A través de un entramado complejo de percepciones y afectaciones (autoculpabilización, devaluación de la autoestima, naturalización de la producción social de la dominación y fatalismo), el sistema capitalista logra expropiar las energías vitales, condenando actualmente a gran parte de los jóvenes de sectores populares de la Argentina a la parálisis social, garantizando así por medios psicosociales su mantenimiento y reproducción: “Las tribulaciones que entumescen cuerpos a través del dolor social son una de las vías privilegiadas para la apropiación desigual de las aludidas energías corporales” (Scribano, 2007: 122). Esta perspectiva resuena en el legado de Espinoza, en la medida en que muestra una deliberada gestión política de las pasiones como manejo de la potencia de los cuerpos: sentirse incompetente para conducir la propia vida, resignándose a lo que a uno “le tocó”, nos habla del predominio de pasiones tristes que conducen a la impotencia y a la desmovilización, a la expropiación de la potencia subjetiva y colectiva, funcional a la imposición de los poderes.

Como he mostrado a lo largo del artículo, las emocionalidades políticas juveniles aparecen entramadas en las imágenes y valoraciones que los jóvenes han construido y construyen de sí en procesos psicosociales en su cotidianidad. En tal sentido, a una autopercepción devaluada resultante de la internalización de la estigmatización de la que han sido objeto a lo largo de su trayectoria vital, le corresponden emociones oscuras, opacas: miedo, vergüenza, resignación, conformismo.

En tensión con este posicionamiento subjetivo, la experiencia en el movimiento social ofrece condiciones psicosociales favorables a la producción de subjetividades que recusan un modo de subjetivación particular consistente justamente en armar formas identitarias que, a partir de la imposición de un modelo hegemónico de lo que se debería ser, construye como deficitario lo diferente. Este dispositivo biopolítico de dominio consiste precisamente en producir una versión homogénea y homogeneizante que, en tanto opera borrando su condición de versión, se constituye en la única posible, en una identidad que en tanto tal, no admite la multiplicidad, lo diverso. El gesto de autodeterminación que comienza con la objetiva-

ción de ser cosificados en la relación clientelar y que se proyecta en la posibilidad de ensayar la toma de decisiones, posicionando discursivamente un punto de vista propio, producen un sentimiento luminoso: “[...] la alegría de inventar, hacer y decir con otros” (Fernández, 2007: 270).

Poniendo en evidencia que las subjetividades deben pensarse como complejas configuraciones cognitivas-emocionales-prácticas, se ha subrayado cómo en los jóvenes militantes ejercitar la reflexividad sobre las experiencias con los políticos que los tratan como objetos, produce sentimientos dolorosos, pero cuando se acompaña con prácticas concretas como el aprendizaje de habilidades para defender los propios derechos o el trabajo común para gestionar la propia vida, operan aliviando, entusiasmando en un “nosotros que es otro colectivo, que aumenta la capacidad de afectar y ser afectados” (Beasley-Murray, 2008: 46).

Transformación subjetiva que implica subjetivación política, porque convoca un conjunto articulado de actos de argumentación que posibilita a aquellos que han quedado excluidos de la participación reconocida en las cuestiones públicas, la expresión de su rechazo a ser sujetos a esa dominación, distanciamiento que supone la capacidad de enunciación desde un lugar “otro” al que fueron ubicados por el poder hegemónico y, con ello, el cuestionamiento del propio orden que engendró esos puntos de dominación. “Tomar la palabra” para distanciarse de una identificación opresora, es una práctica que se realiza a partir de la comprensión de que se pertenece a un colectivo que ha sido históricamente despojado de la posibilidad de nombrarse a sí mismo, y con eso, adquirir visibilidad pública, inscribiendo la “palabra reapropiada” en un “destino” común.

El sentimiento de pertenencia que se construye en el marco de la experienciación política en estos colectivos autoconvocados es fundamental para comprender la fertilidad que tienen las prácticas de participación en la configuración de una subjetividad política en estos jóvenes, ya que no se trata de afectaciones y proyectos individuales: la subjetividad política es una fabricación colectiva, que se trama en el encuentro con el otro cuando se llega a la convicción –más o menos consciente, porque se trata de un sentido práctico construido en la lógica de la acción– de que se comparten los mismos sufrimientos y, también, los mismos sueños de transformación de la opresión.

En síntesis, para referirnos a una política de las emociones en este caso, parece ser pertinente acudir a la imagen de una trama que articula de manera recursiva práctica-emocionalidad-reflexividad-práctica: la propia experiencia en el movimiento social produce, con sus matices, transformaciones en las maneras de sentir el sí mismo y a los otros, lo cual, a su vez, puede, de forma contingente, abrir una instancia potenciadora de nuevas prácticas u obturar esta posibilidad en la reproducción de lógicas autoritarias y clientelares. Es decir, las producciones cognitivas, las afectaciones emocionales generadas al calor de la propia experiencia política, se constituyen en impulsos vitales y posibilidades de acción que se entran en otras prácticas (nuevas).

En contra de algunas visiones que tienden a abordar los movimientos sociales como si tuvieran una identidad monolítica, capaz de disciplinar los distintos matices que emergen en su dinámica interna, el análisis desarrollado permite poner en evidencia la heterogeneidad de maneras de estar en el movimiento, mostrando además que los jóvenes de sectores populares son capaces de elaborar autónomamente posicionamientos respecto de su realidad y alternativas para sus cursos de acción. El movimiento social se presenta como un colectivo capaz de alojar tanto otras formas de imaginar y de afectar los cuerpos para producir transformaciones en la propia vida, como de reproducir ciertas prácticas que reenvían a aquellos “vicios de la política”, que tanta bronca y desilusión producen en los jóvenes. Me refiero concretamente a ciertas formas verticalistas y clientelares de construcción política que comienzan a estar presentes en las prácticas del movimiento social arrojado a la arena política electoral.

Entonces, hacer corresponder a la política institucionalizada una emocionalidad que sirva a la reproducción del orden social, y así imputar sólo sentimientos “positivos” a la experiencia en los movimientos sociales, sería abonar una visión maniquea que aquí se rechaza. Por el contrario, los jóvenes de sectores populares cordobeses me han enseñado que para hablar de la emocionalidad política hay que pensar en lógicas caleidoscópicas que sean capaces de dar cuenta de un universo simbólico-afectivo con muchos matices: tristezas, decepciones, desconfianzas, pero también esperanzas en movimiento que descubren posibilidades, que enfrentan condicionamientos. Si bien las últimas aparecen alojadas predominantemente en las prácticas que se protagonizan en el movimiento social, en este registro también emergen sentimientos que las

ensombrecen. En todo caso, lo que parece evidente es que toda vez que hablamos de una dimensión de lo político es necesario transitar por un camino plagado de “semejanzas y diferencias, composiciones y descomposiciones, conexiones, densidades, choques, encuentros,

movimientos” (Deleuze cit. Fernández, 2007: 73). Finalmente, se trata de asumir la tensión ineludible entre reproducción y transformación del orden social, que aquí he abordado particularmente desde los deseos y pasiones juveniles en sus apuestas políticas.



NOTAS

¹ Siguiendo la perspectiva de Bourdieu (1991), entenderemos las prácticas sociales como estrategias de lucha emprendidas por los agentes por los capitales disponibles en un campo determinado, aunque el propio agente no sea plenamente consciente de esta operación. Esto remite a la cuestión de la intencionalidad, que es resuelta en este marco a partir de recusar el concepto de *racionalidad de cálculo*: con Bourdieu hablaremos de *razonabilidad*, es decir, las prácticas de los agentes son razonables dentro del sistema de comprensión –no necesariamente consciente– del propio agente, que no puede entenderse por fuera de las condiciones objetivas en las cuales éste vive y despliega sus prácticas, sobre todo porque dichas condiciones incorporadas constituyen los principios de representación y de acción a través de los cuales da sentido a su experiencia.

² Se trata de una selección estratégica de casos que no persigue la representación estadística, sino que busca explorar de la manera más exhaustiva posible el espacio discursivo sobre el tema que se está investigando.

³ La estrategia metodológica comparativa, estuvo fundamentada en uno de los supuestos básicos de la investigación: si la subjetividad política juvenil ha de inscribirse en las condiciones socio-históricas y culturales de su construcción, entonces resulta necesario poner en tensión las procedencias sociales de los jóvenes. En este marco se decidió trabajar con grupos de jóvenes que mostraran un contraste en esta dimensión analítica.

⁴ La decisión respecto del límite inferior del tramo etario se corresponde con el alcance dado al concepto de *participación política*, por el cual es necesario que los jóvenes estudiados cuenten al menos con una experiencia de sufragio. La definición del límite superior se determinó siguiendo el criterio de otras investigaciones sobre la materia. Un único caso supera esta edad: un militante que coordina una de las áreas del movimiento social, al cual se decidió incluirlo en la muestra como informante clave. No obstante esta delimitación necesaria metodológicamente, se considera preciso deconstruir la *juventud* como categoría homogénea y universal determinada por la edad, analizando la diversidad de prácticas, comportamientos y universos simbólicos que ella puede incluir de acuerdo con factores de clase, género, etnia, y con el momen-

to sociohistórico de que se trate, criterio siempre presente en el análisis producido.

⁵ Los cuestionarios permitieron ubicar a los jóvenes en el espacio social, de acuerdo con los distintos capitales materiales y simbólicos que poseen, con el fin de satisfacer criterios de comparación intergrupales. El número de entrevistas en profundidad (diecinueve) y de grupos de discusión realizados (cuatro) fueron determinados siguiendo el criterio de saturación (Vallés, 1999). Se produjeron innumerables observaciones de las actividades cotidianas que realizan los jóvenes en el movimiento social, tanto en los espacios barriales como en el local que el movimiento posee en el centro de la ciudad de Córdoba.

⁶ Éstas están respaldadas por fragmentos discursivos de los jóvenes. En la transcripción de los extractos de las entrevistas y grupos de discusión se respetaron las siguientes pautas tipográficas y de identificación: las intervenciones de los jóvenes se presentan entrecomilladas y seguidas de un nombre ficticio, su edad y, según el caso, la pertenencia al movimiento social.

⁷ La identificación asociada con esta diferenciación se con- signa en cada cita textual, para ayudar a la comprensión de la expresión que tiene en la variabilidad de tomas de posición discursiva de los jóvenes sobre el objeto estudiado.

⁸ De acuerdo con Foucault (1999), la biopolítica es ejercida a través de una familia de tecnologías de poder que aparecen hacia mediados del siglo XVIII y que se caracterizan por apuntar no a los individuos en sí, sino a la población: “[...] no quiere decir simplemente un grupo humano numeroso, sino seres vivos atravesados, mandados y regidos por procesos y leyes biológicas” (245). Entonces, cuando hablamos de estrategias biopolíticas de dominio, aludimos a una modalidad de ejercicio del poder que se ejerce sobre el *cuerpo poblacional* entendido como “máquina para producir, producir riquezas, bienes, para producir otros individuos” (246).

⁹ Justamente utilizo la figura del *organismo*, para resaltar el efecto cosificador que lleva implícito el ejercicio de este dispositivo de dominio.

¹⁰ Se refiere a la lista de beneficiarios de los planes sociales.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

1. AUYERO, Javier, 1997, “Estudios sobre clientelismo político contemporáneo”, en: Javier Auyero (comp.), *¿Favores por votos? Estudios sobre clientelismo político contemporáneo*, Buenos Aires, Losada.
2. BEASLEY-MURRAY, Jon, 2008, “El afecto y la poshegemonía”, en: *Estudios, Revista de Investigaciones Literarias y Culturales*, No. 16, Valle de Sartenejas (Venezuela), Universidad Simón Bolívar, pp. 41-69.
3. BERGER, Mauricio, 2007, “La noción de reflexividad práctica. Aportes para pensar las acciones colectivas”, en: Adrián Scribano (comp.), *Mapeando Interiores. Cuerpo, conflicto y sensaciones*, Buenos Aires, Universitas.
4. BONVILLANI, Andrea; Alicia Palermo, Melina Vázquez y Pablo Vommaro, 2008, “Aproximaciones a los estudios acerca de juventud y prácticas políticas en la Argentina (1968-2008)”, en: *Revista Argentina de Sociología*, No. 11, Buenos Aires, Consejo de Profesionales en Sociología, pp. 44-73.
5. BOURDIEU, Pierre, 1991, *El sentido práctico*, Madrid, Taurus.
6. _____, 2001, *El campo político*, La Paz, Plural.
7. CASTEL, Robert, 2004, *La metamorfosis de la cuestión social*, Buenos Aires, Paidós.
8. CENTRO de Opinión Pública de la Universidad de Belgrano (COPUB), 2002, *Informe de proyecto de investigación: Los jóvenes universitarios y el futuro de la política*, Argentina, Mimeo.
9. DELEUZE, Gilles, 2004, *Espinoza: filosofía práctica*, Buenos Aires, Tusquets.
10. DIRECCIÓN Nacional de Juventud, 2003, *Hoja mural de datos estadísticos*, No. 2. Disponible en: <<http://juventud.gov.ar>>:
11. FARA, Carlos y Asociados, 2008, “Los jóvenes y la política, Argentina”, Diario Clarín on line, disponible en: <<http://www.lanacion.com.ar/nota.asp>>.
12. FERNÁNDEZ, Ana, 2007, *Las lógicas colectivas. Imaginarios, cuerpos y multiplicidades*, Buenos Aires, Biblos.
13. FILMUS, Daniel y Ana Miranda, 1999, “América Latina y Argentina en los noventa: más educación, menos trabajo igual más desigualdad”, en: Daniel Filmus (comp.), *Los noventa: política, sociedad y cultura en América Latina y Argentina de fin de siglo*, Buenos Aires, Eudeba.
14. FOUCAULT, Michel, 1999, “Las mallas del poder” en: *Estética, ética y hermenéutica*, Barcelona, Paidós.
15. GLASSER, Barney y Anselm Strauss, 1967, *The discovery of grounded theory. Strategies of qualitative research*, New York, Aldine.
16. GUBER, Rosana, 1999, *Identidad social villera. Constructores de otredad*, Buenos Aires, Eudeba.
17. LUNA, Rogelio, 2000, “Introducción a la sociología de las emociones”, en: *Revista de Universidad de Guadalajara*, No. 18, México, pp. 1-6.
18. _____, 2007, “Emociones y subjetividades. Continuidades y discontinuidades en los modelos culturales”, en: Rogelio Luna Zamora y Adrián Scribano (comps.), *Contigo aprendí. Estudios sociales sobre las emociones*, Córdoba, Copiar.
19. MAFFESOLI, Michel, 2005, *La transfiguración de lo político. La tribalización del mundo postmoderno*, México, Herder.
20. MARTÍN-BARO, Ignacio, 1986, “Hacia una Psicología de la liberación”, en: *Boletín de Psicología*, No. 22, Valencia (España), Promolibro, pp. 219-231.
21. MERKLEN, Denis, 2005, *Pobres ciudadanos. Las clases populares en la era democrática (Argentina, 1983-2003)*, Buenos Aires, Gorla.
22. MESEGUER, Covadonga, 1998, “Sentimientos antipartidistas en el Cono Sur: un estudio exploratorio”, en: *América Latina hoy*, Vol. 18, Salamanca, Universidad de Salamanca, pp. 99-112.
23. PALMERO, Francesc *et ál.*, 2006, “Certezas y controversias en el estudio de las emociones”, en: *Revista Electrónica de Motivación y Emoción (REME)*, Vol. IX, N° 23-24, España, pp. 1-25, disponible en: <<http://reme.uji.es>>, consultado en enero de 2007.
24. REGUILLO, Rossana, 2007, “Horizontes fragmentados: una cartografía de los miedos contemporáneos y sus pasiones derivadas”, en: *Diálogos de la Comunicación*, No. 75, Federación Latinoamericana de Facultades de Comunicación Social Felefac, pp. 1-10, disponible en: <<http://www.dialogosfelefac.net>>, consultado en diciembre de 2007.
25. SCRIBANO, Adrián, 2007, “La sociedad hecha callo: conflictividad, dolor social y regulación de las sensaciones”, en: Adrián Scribano (comp.), *Mapeando Interiores. Cuerpo, conflicto y sensaciones*, Argentina, Universitas.
26. _____, 2009, “A modo de epílogo. ¿Por qué una mirada sociológica de los cuerpos y las emociones?”, en: Carlos Figari y Adrián Scribano (comps.), *Cuerpo(s), subjetividad(es) y conflicto(s). Hacia una sociología de los cuerpos y las emociones desde Latinoamérica*, Buenos Aires, Fundación Ciccus.
27. SPINOZA, Baruch, 1966, *Tratado teológico-político*, Madrid, Tecnos.
28. SVAMPA, Maristella y Sebastián Pereyra, 2003, *Entre la ruta y el barrio. Las experiencias de las organizaciones piqueteras*, Buenos Aires, Biblos.
29. TATIÁN, Diego, 2006, “Filosofía como meditación de la vida”, en: *La lámpara de Diógenes, Revista de Filosofía*, Nos. 12 y 13, Puebla (México), Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, pp. 194-201.
30. TARROW, Sydney, 1997, *El poder en movimiento. Los movimientos sociales, la acción colectiva y la política*, Madrid, Alianza.
31. TORCAL, Mariano, *et ál.*, 2003, “Ciudadanos y partidos en el sur de Europa: los sentimientos antipartidistas”, en: *Revista Española de Investigación Sociológica (REIS)*, No. 101, Madrid (España), Centro de Investigaciones Sociológicas-CIS, pp. 9-48.
32. VALLÉS, Miguel, 1999, *Técnicas cualitativas de investigación social*, Madrid, Síntesis.



Grafiti (técnica mixta). BOGOTÁ | FOTOGRAFÍA DE MARIANA GUHL